

Sex o no sex: he ahí la barrila

Gonzalo Ugidos

No llegó a dejarlo escrito, pero, sin duda, pensó Campoamor que los españoles se dividen en mentales y sementales. Tertium non datur. Siempre hubo por estas parameras una recua de místicos que, fulminados por el rayo paulino, pretendieron salvar de los fuegos del infierno a sus prójimos enlodados en el rijo. Unos levantaban catedrales que otros adornaban con gárgolas sicalípticas que legaron de los siglos un mensaje polisémico, híbrido, de espíritu exaltado y de carne macerada por la lujuria. No era al Dios de Abraham al que buscaban, sino a Abraxas, un Dios tántrico y bifronte, que exaltaba el alegre folgar al tiempo que el cilicio. Nada tiene, pues, de extraño, y menos aún de irreverente, que el padre Vicente Ferrer subiera a los altares por obrar el prodigio, entre kirie y kirie, de propiciar la gravidez de una dama machorra en el confesionario. Mientras en Alemania predicaba el pío San Bonifacio; en Irlanda, San Brandán, y en Italia el de Aquino profesaba su magisterio teológico, por los andurriales gallegos erraba un Prisciliano que ponía cenefas lúbricas al catolicismo nacional, y en Valencia, el célebre médico Arnau de Vilanova publicaba (siglo xiii) el primer libro occidental de educación sexual, De coitu se titulaba el incunable a fuer de explicitud.

Con tales precedentes, resultaba una pendajada histórica invocar la piadosa tradición para montar zapatistas por una teta más o menos. Pero en plena tercera ola, cuando la telemática y el ordenador personal son más familiares a los niños que las, por otra parte venerables, antiguallas de ETA, Offman, Perrault o los hermanos Grimm, algunos filisteos de toda la vida que se la cogen con papel de fumar han montado un tiberio a cuenta de un inocente manualillo de educación sexual para niños que incurre en la abominación estética de poner con todas las letras la palabra follar (¡qué horror!), y que la Consejería de Educación andaluza ha distribuido por las bibliotecas escolares.

Es cierto que por un curioso paso de tuerca, hasta ayer mismo se ha venido enseñando que de «política, sexo y edad no debe hablarse ni en la intimidad. No es de buen tono», apostilla Pedro de Urbina en su prontuario de Cortesía y trato social («Pequeña Enciclopedia Práctica», Ediciones Ibéricas). Es cierto que la erección sólo podía mencionarse al hablar de monumentos. Lo que indirectamente se promocionaba era una sexualidad de luz apagada y de ojo de cerradura, de prohibiciones y tabúes: de morbo que viene a incrementar el goce por el pecado. Algo se pierde, sin duda, en el cambio. En la era de las comunas y del redescubrimiento de la promiscuidad tribal, de las experiencias eróticas de grupo, de la pedagogía antirrepresiva, de la exaltación hedonista y de las pilulas antibaby, aquí, y hasta ayer mismo, los niños seguían viniendo en el pico de una zancuda.

Claro que esa moto ya no la compraba ni el infante más cándido.

-¿De dónde dices que vienen los niños, papi?

-Los trae la cigüeña.

-No te enrolles Charles Boyer y dime de dónde los trae. -De París, coño, de París. -Amos anda, osito panda, que vienen de Estar Dos Unidos.

Así están las cosas, pero algunos no quieren enterarse, y en Andalucía han vuelto a montar el tinglado de la antigua farsa victoriana, y todo porque un librito se atreve a llamar al pan, pan, y a las peloticas, cojones. (¡Qué horror, qué inmenso horror!) Aquí, bien que sin llamar a las cosas por su nombre, se ha venido diciendo en los colegios que el sexo es malo

porque «mata el calor natural, enflaquece los miembros, falla la fuerza, entristece a la persona, se ablanda la espina dorsal, se corrompe la sangre, disminuye el cabello y lisa los nervios. Además de ser pecado, claro es». Toma ya ciencia. Pero, como dijo el sabio Albufument en el siglo xiti, «los que tal dijeron, dijeron gran mentira, que Galeno en el libro del Arte Práctica sentó el principio científico de que joder esclarece el entendimiento y remansa las iras». «Además resulta entretenidísimo», apostilla el ilustre académico Camilo José Cela. No se trata, claro está, de alimentar el rijo ,natural de los colegiales, sólo de explicarles de qué va esa vaina con la misma frialdad con que se explica el teorema de Pitágoras. Pocos son los que se encuentran una hipotenusa en su vida cotidiana, pero, más que menos, todos acaban buscando un cacho de cielo en otro cuerpo.

Los señores que han echado las campanas al vuelo en Andalucía han perdido una maravillosa ocasión de permamecer callados. La movida, como otras tantas, ya la profetizó William Blake: «Hijos del porvenir,/leyendo esta indignante historia/sabréis que hubo un tiempo/en que el amor, el dulce amor,/por crimen fue tenido.» En algunos colegios de este país los niños crecen sanos: «Y todo un coro infantil/va cantando la lección/mil veces cinto, cien mil/y chuparla, felación.» En otros, la lista de los reyes godos siguen funcionando a tope. Y los 40 principales.